

REFLEXIONES ANTE EL DERRUMBE
DE LOS REGIMENES MARXISTAS-LENINISTAS

POR

JUAN VALLET DE GOYTISOLO

Para un trabajo que tengo entre mente y manos (escribo con bolígrafo) he releído, hace muy poco, en un texto de MONTESQUIEU: «Cuando una cosa buena tiene un inconveniente es más prudente quitar el inconveniente y no la cosa» (*Dossier del Espíritu de las leyes*, 415; cfr. *Oeuvres complètes*, col. de la Pléiade, vol. I, Gallimard, París, 1949, pág. 1.460).

Una experiencia muy antigua, no sólo secular sino milenaria, comprobada en los antiguos Imperios anteriores a nuestra Era, conforma esa aseveración. Y con una nueva experiencia acabamos de comprobarla en algo más de los setenta años, que han transcurrido desde la Revolución rusa de 1917, vividos por el marxismo triunfante en Rusia y después extendido por la media Europa situada tras el telón de acero.

MARX y ENGELS habían palpado los abusos del capitalismo a través de la propiedad de los medios de producción, de las relaciones laborales de los patronos con la clase obrera y de la ley puramente económica del mercado. El medio más expeditivo de corregirlas era, según ellos, la supresión de la propiedad privada de los medios de producción, de los patronos o empresarios y del mercado. Es decir, de las cosas a través de las cuales se abusaba, sin ponderar antes la necesidad y la utilidad de esas cosas.

Ahora, ante el fracaso estruendoso de los regímenes comunistas, incluso en la economía —que, a tono con su materialismo histórico e ideológico, constituyó su máxima dedicación—, se percibe la evidencia de que no sólo es imposible el progreso económico, sino que es inevitable la regresión en este terreno sin propiedad privada de los medios de producción —por lo menos de gran parte de ellos— y, por lo tanto, volviendo a resultar necesarias las relaciones laborales, así como sin mercado.

El socialismo occidental, después de su fracaso en Francia en sus dos primeros años de gobierno tras su primera victoria electoral acabado el postgolismo, también lo había comprendido. Tanto es así que le vemos moverse en buena armonía con el gran capitalismo y el neoliberalismo.

Pero ese fracaso ha traído otros derrumbamientos. El primero ha sido el del mito del mundo comunista fraternal y feliz, que el marxismo había profetizado; y, por lo tanto, el de su religión de este mundo, con su mística y sus mártires. Religión ya no del Dios de lo Alto sino de la Humanidad en trance de convertirse en el dios de un Adelante, o sea, del devenir. Este debería llegar cuando, suprimida la propiedad privada, la sociedad comunista alcanzaría la edad de la abundancia y haría inútil derecho y Estado. La meta vislumbrada era un espejismo y el camino ha llevado al abismo.

Otro derrumbe es el de la concepción materialista del economismo. O sea, de la religión de Mamón, que con el comunismo, comparten el capitalismo, el socialismo, las social-democracias y la tecnocracia. Los pueblos que han sentido la posibilidad de sacudirse el yugo comunista no sólo piden alimentos sino, con mayor fuerza aun, libertad y patria. Libertad religiosa, libertad nacional y toda clase de libertades personales. ¡Quieren que se les devuelva el alma!

Pero el comunismo tiene otra vía. En el comunismo italiano ya la había percibido GRAMSCI, y hace años también la está explotando por doquier el socialismo occidental. Y ésta puede ser la vía que tome la Perestroika.

Constituye éste el mayor peligro para el hombre; en él puede perder el alma, ahogada en una falsa cultura. Como recordaba RAFAEL GAMBRA, en su presentación del estudio de MILAN M. MARINOVIC, «La estructura mental del pensamiento de Antonio Gramsci» (*Verbo*, 275-276, mayo-junio de 1989, páginas 715 y sigs.). Gramsci había advertido que la revolución nunca se realizará verdaderamente mientras no se produzca en lo que él denominaba *cultura*, de un modo en cierta manera orgánico y dialéctico. De ese modo, la cultura tradicional, que aún subsiste en el mundo actual, habrá de desmontarse y sustituirla, al propio tiempo que se utiliza infiltrándose en ella. El arma principal operará en la lingüística; consistirá en alterar el sentido de las palabras y sus connotaciones emocionales, hasta crear en quien les escuche una nueva actitud espiritual. Así se cambian valores, se modifica el pensamiento y nace una cultura distinta. En medio del pluralismo democrático, actuando sobre los

«centros de irradiación cultural, se trata de operar esa metamorfosis inculcando un criticismo que lleve a la autodestrucción de nuestra cultura, comenzando por borrar de ella la idea de Dios y todo valor trascendente.

Si la experiencia economicista del marxismo ha fracasado estruendosamente, a los setenta años, por ser contraria a la naturaleza de las cosas, la nueva experiencia —que ya practican muchos medios de comunicación de masas de variopintas orientaciones políticas— también fracasará con estrépito —por contraria a la naturaleza del hombre—, pero no sabemos cuándo ni a qué precio. Podemos valorar el coste de la experiencia comunista, en sangre, revoluciones, guerras, destrucciones, sufrimientos, muertes; pero, no sabemos aún cuál será el precio de la nueva experiencia que ya se ha iniciado en el denominado mundo libre, infectado por el espíritu y las ideas de la Revolución francesa. Mundo que dejará de ser libre en cuanto la cultura quede corrompida y sean mutiladas las dimensiones más elevadas del ser del hombre, las que le caracterizan y diferencian como tal. Prevedemos que ese precio podría ser tremendo, terrible, ¡cargado de usuras!